



(Casa de Salvator Rosa.)

SALVATOR ROSA.

I.

POETA, MÚSICO, PINTOR, SALTEADOR.

Al Oeste de Nápoles, detrás de la colina en que estan el castillo de San Ermo y la cartuja de San Martín, se encontraba á principios del siglo XVII, y existe todavía, un estrecho desfiladero que al través de las rocas del Monte Donzello y á la sombra de lentiscos, algarrobos y hermosos pinos de Italia conduce al vasto convento y al magnífico pueblo de la Arenella. Entre las humildes habitaciones que contrastaban por su sencillez con la espléndida morada de los siervos de Dios, descollaba una casa mas vasta, aunque mas pobre y desmoronada. Apellidábase la *Casaccia*: habia sido en otros dias la residencia de los señores feudales de la Arenella, y entonces no servia ya sino para albergar á las familias indigentes que no tenían cabaña propia. En una de las puertas del edificio se leía:

ANTONIO ROSA, AGRIMENSORE ED ARCHITETTO.

Antonio Rosa, agrimensor y arquitecto.

Esta inscripcion era la de un *biettelone* (pobre infeliz) que á duras penas lograba con su doble talento conservar su vida y la de su mujer, madonna Giulia.

Sin embargo, llegó un dia en que pareció que Dios se apiadaba de a desgraciada familia. En 1615 madonna Giulia dió á luz un hijo, y para los napolitanos un hijo es la bendicion del cielo. Y en efecto lo era el nacimiento de ese niño, pero no para los desgraciados autores de sus dias, y sí para el universo.

Como la piedad y la ambicion de sus padres lo destinaban, aquella

al sacerdocio y esta á la mitra ó al capelo, Salvator aprendió á leer en las leyendas de Santa Catalina de Sena y en devocionarios latinos; pero ya en su infancia, ora exhalaba algunos versos, ora hacia repetir á los ecos del monte Donzello y del Vomero los sonidos del laud, de la bandurria ó del tamboril vasco, ora por fin cubria las paredes de la *Casaccia* con pintarrajos de carbon. Por desgracia le valió al futuro prelado una doble correccion el haber querido *ilustrar* tambien las columnas del claustro de la Cartuja. Escapóse Salvator de la casa paterna y anduvo por muchos dias corriendo por la campiña de Nápoles viviendo de madroños y algarrobos y durmiendo en las tumbas antiguas de Bauli ó de la *Via Campana*.

Abreviemos: después de haber cursado por algun tiempo en las aulas de los padres Somascos, dejó la teología; y alentado por el virey español estudió con tanto ahínco y provecho la música, que al poco tiempo se popularizaron sus composiciones de tal manera que á porfía se recurria para las serenatas á su talento de poeta y de tocador de laud.

¡Triste reputacion para un futuro prelado! Empero iban á desvanecerse completamente los proyectos paternos. Hasta entonces Salvator no habia sido sino poeta y músico, mas dentro de poco será pintor.

Habiéndose su hermana casado con un artista pobre y de talento, Francisca Francaziani, Salvator trabó tal amistad con él, que se le iba la mitad del dia en copiar en su taller fragmentos de sus cuadros. La otra mitad la pasaba en el Vesubio ó en el Pausilippo buscando modelos dignos de su independencia.

En aquel tiempo los jóvenes que se consagraban á la pintura iban á las diferentes ciudades de Italia con el objeto de estudiar las obras de las diversas escuelas; pero los mas se limitaban á hacer frias copias del modelo que habian escogido. Quiso tambien Salvator emprender su *giro* (vuelta), y así, de edad de diez y ocho años se ausentó de Nápoles por primera vez. Como abrigaba el firme preyecto de no estudiar mas que á un maestro, la naturaleza, fueron sus museos las montañas, las cascadas, las ruinas de la Basilicata de la Pulla y de la Ca-

16 DE OCTUBRE DE 1855.

labría. Allí encontró modelos de una sublimidad no conocida antes, que le proporcionaron el medio de crear una escuela original cuando se creían agotados los manantiales de la originalidad.

En las antiguas regiones que recorría, en las quebradas cumbres del monte Gargano ó de los escollos de San Vito, en las grutas de Palignano y de Otranto, Salvator halló unos descendientes de las primitivas colonias de Atenas y de Esparta que soñaban en libertar á su país del yugo extranjero. A la voz del jefe que los acaudillaba, Tomaso Campanella, barruntó Salvator que quizás pelearía algún día por una patria que su pincel debía ilustrar. Según las creencias de aquella época y á los ojos del vulgo, los salteadores enemigos del extranjero eran casi siempre mas bien héroes que criminales. En uno de sus paseos solitarios cayó Salvator en manos de una cuadrilla. ¡Triste presa para los bandidos! Empero, ¿cómo reparar el yerro! Salvator sabía la guarida de sus apresadores! La muerte-pues le esperaba por momentos. Entre los bandidos había una mujer; el artista era joven, hermoso... fué salvado.

¿Mas ¿por qué amor? ¿por el de esa mujer? ¿por el de la independencia? ¿por cual? Lo ignoro. Sin embargo, es cierto que Salvator se quedó con los facinerosos, y llegó muy pronto á ser su compañero, y hasta, según se dice, su cómplice. Durante este periodo de su vida recogió las admirables caras de bandidos que después sembró profusamente en sus obras.

El parecerle insoportable la obediencia á un jefe originó quizás el que nuestro héroe se escapase para Nápoles, donde le acogieron la miseria, el abandono, la avaricia de los trocadores judíos, la vergüenza y la muerte de casi todos sus parientes.

Suscitóse sin embargo un acaso que vino á reanimar sus bríos y á sacarle de la oscuridad por algunos instantes. El caballero Lanfranc, que hacía en Roma el papel que representaba en Nápoles Rivera, en Amberes Rubens, y Lebrun en París, fué llamado á la segunda de estas ciudades para adornar con su pincel la iglesia del *Gesù nuovo*. Pasando por una de las calles de la parte vieja de la ciudad, divisó á la puerta de un trocador un bosquejo cuyo mérito reconoció á la primera ojeada. Detuvo pues su suntuoso coche, y el artista, gran señor, compró la obra del pintor hambriento. El dictámen de Lanfranc dió á conocer por Nápoles á *Salvatoriello*; pero si este obtuvo así el poner sus obras á precio mas subido, tambien se convirtió en blanco del odio y de la envidia de los pintores. Solo un artista supo apreciar á Rosa y trabó con él una amistad que no acabó sino con la muerte; Aniello Falcone, el primer discípulo de Ribera, espíritu turbulento, pintor entusiasta que en el género de las batallas á nadie le fué en zaga sino á Salvator. Aniello le abrió su taller y lo presentó á Ribera; pero no pudiendo Rosa contarse entre los *dependenti* (dependientes) del orgulloso maestro español, volvió muy pronto á hallarse con su libertad, acompañada de olvido y pobreza.

Viéndose pues otra vez en apuros y angustias, resolvió trasladarse á Roma en busca de fortuna: tenía entonces veintinueve años. A pesar de lo que sentía alejarse de su ingrata patria, emprendió á pié su largo y penoso camino. Un hatillo y una cartera formaban todo su equipaje, así al salir de Nápoles como al entrar en la capital de las artes, donde mas adelante debía hacer tan gran papel.

Dos estilos enteramente opuestos se compartían en aquella época la admiración de los aficionados romanos, el Bernin, ideal, y el de los materialistas holandeses (ultramontanos), entre los cuales se ponía injustamente á Poussin y á los franceses.

Salvator llegaba con ideas tan distantes del frío convenio de los *bernescos* como de la trivial verdad de los ultramontanos; quería en una palabra no ser sino suyo propio. Reconoció empero á dos maestros y los estudió, Miguel Angel y el Ticiano. En las asombrosas ruinas de Roma halló inagotables fuentes de estudio; mas á influjo de la *mal'aria* y de unas calenturas debió clavarle en la triste sala de un hospital. En aquellos días indudablemente compuso la cantata áspera-tierna en que pinta su desnudez espantosa y su desaliento mortal.

Al salir del hospital se fué por consejo de los facultativos á respirar el aire nativo. Mas ¡ay! aun le aguardaban la miseria y el odio si el cielo no le hubiese hecho dar con un amigo. En el colegio de los padres Somascos había tenido por compañero á un joven que siguió después la carrera eclesiástica, y estaba ahora en la servidumbre del cardenal Brancacci. Girolamo Mercuri, así se llamaba, obtuvo que Salvator entrase en Roma en casa de su amo y siguiese en su compañía al trasladarse su Eminencia á tomar el báculo pastoral de Viterbo. De orden del cardenal pintó Salvator el pórtico del palacio episcopal y el cuadro del altar mayor de la iglesia *della Morte*, la *Incredulidad de Santo Tomás*.

Estas obras y algunos cuadritos que enviaba á Roma principiaron por fin á abrirle el camino de la fama; pero al cabo de un año de residencia en Viterbo, sintiéndose cansado de todo patronato, regresó á Nápoles para encerrarse otra vez con sus enemigos y con su único amigo Aniello Falcone.

II.

TRABAJOS Y LAUROS, FARSANTE, SATÍRICO, INSURGENTE, ANÉCDOTAS.

Todos los años, con motivo de las fiestas de *San Giovanni Decollato* se verificaba en el Panteon de Roma una esposicion de cuadros que traía á todos los talentos y á todos los entendidos de Europa. Un amigo de Salvator se atrevió á presentar en una de esas solemnidades artísticas un *Prometeo* que aquel le había enviado de Nápoles con intento de venderlo. Inmensos fueron los aplausos que la obra obtuvo, y el nombre de Salvator, repetido por las cien bocas de la fama, reemplazó para siempre al diminutivo *Salvatoriello*. Llegaron hasta sus oídos los bravos, y creyendo que su suerte estaba ya segura, voló á Roma para recoger algunos victores; pero no logró ser admitido en la academia de San Lucas, que era entonces como el solo emporio del triunfo y de los lauros. Sin embargo, Rosa había mejorado de fortuna, y así pudo alquilar una casa en la *Via de Babuino*. Entre tanto se iba estinguendo el recuerdo del *Prometeo*, y muy pronto hubiera tambien Salvator pasado al olvido, si no hubiese por fin construido con la variedad y extravagancia de su genio un pedestal que debía esponerlo para siempre á los ojos del público.

Llegó el Carnaval de 1659, y apareció en el vasto *Corso* un carro ricamente adornado, arrastrado por buyes de cuernos dorados y lleno de una comparsa de máscaras que cantaban deliciosas cantatas, seguidas de entremeses en que, disfrazado el principal personaje á lo charlatan, Coniello la echaba de signor. Formica, actor napolitano, derramaba á borbotones los epigramas mas mordaces, las bufonadas mas chistosas, las chanzas mas punzantes, y distribuía á manos llenas recetas y remedios contra las calamidades públicas y los males de la sociedad. Al poco ya no se habló en todo Roma sino del signor Formica y de sus brillantes farsas. El mismo día el actor se quitó el disfraz y pasó á sus espectadores con la cara de Salvator.

Desde aquella hora no tuvieron limites los aplausos que arrancó en los salones; todos los *circulos* porfiaban entre sí por arrebatarle unos á otros... Salvator echó en olvido sus pinceles, se entregó al placer, y organizó un teatrillo que le sirvió para atacar al mismo Bernier.

Por ventura fué corta esta embriaguez, pues de allí á poco nuestro pintor cogió de nuevo la paleta para no volverla ya á soltar. Parecía que la fortuna le sonreía: sus paisajes compenaban con los de Claudio y los del Guaspro, sujetos que en aquel tiempo halagaba el favor público. Trasformóse su casa en el punto de reunion de los ingenios mas hermosos y de los principales señores romanos.

Entonces fué cuando Salvator trasladó al lienzo su famosa cantata *la Bruja*, y ejecutó *la Muerte de Sócrates*, el *Hijo pródigo*, el *Purgatorio* y la *Asuncion*.

Gracias á lo mucho que ganaba, á lo poco que ahorra, y á lo seguro que estaba de acallar las necesidades de cada día, había logrado vender sus obras al precio que quería y satisfacer á duras penas los muchos pedidos que le llegaban. Dibujó siempre según se le antojó, y supo librarse de todo patronato. «¡Dios, decía Baldinucci, ayude á los que quieren regalar con él!» La siguiente anécdota que lady Montague refiere, podrá darnos la medida de su carácter.

Un príncipe romano que era mas conocido por lo que se preciaba de entendido en las artes que por su generosidad para con los artistas, recorriendo un día la galería de Salvator se detuvo ante uno de sus paisajes, y después de haberlo contemplado por largo rato exclamó súbitamente:

—Salvator mio, grande es la tentación que tengo de comprar este cuadro; así dadme al punto el último precio.

—Doscientos escudos, repuso Salvator á lo descuidado.

—¡Doscientos escudos! ¡Ohimé! ¡dineros son! En fin, ya lo veremos.

Despidióse del artista el ilustrísimo señor; pero volvió al poco rato y pidió de nuevo el último precio.

—Trescientos escudos, se le contestó con voz enojada.

—¡Corpo di Bacco! ¿Os burlais? Vaya! otro día sereis mas dócil.

Al día siguiente el príncipe se presentó otra vez en el taller del pintor, al cual saludó alegremente diciéndole:

—Vamos, ¿qué postura tenemos hoy?

—Cuatrocientos escudos, replicó Salvator, y en seguida, soltando de repente la brida de su indignación, que había comprimido por largo tiempo, añadió con su arrebatado natural: «La verdad es que V. E. no comprará este cuadro á precio alguno, y sin embargo hé aquí el caso que hago de mi obra;» y acto continuo la hizo mil añicos.

En este rasgo descuellan así la aspereza de su independencia como la de su orgullo. Veamos ahora cómo los mismos sentimientos le inspiraron algunas veces ciertas palabras, que si bien eran menos acerbas, encerraban con toda buena dosis de mordacidad.

Hallándose un día Salvator dibujando en el cuarto donde estaba

enfermo el príncipe D. Mario Chigi, entró el médico, fatuo que blasonaba de entenderlo todo, hablaba de *omni re scibili*, y había olvidado que la sabiduría de las naciones ha dicho: *Ne suor ultra crepidam*. Creyendo pues nuestro Galeno agasajar al príncipe, gran protector de las artes, le pidió por recompensa de sus visitas un cuadro de Salvator, y volviéndose después á este:

—Cuidado, le dijo, no apliqueis el pincel al lienzo antes que yo os dicte el pensamiento y el objeto del cuadro.

Salvator al pronto saludó modestamente en ademan de asentimiento; mas detuvo la mano del doctor cuando este á punto de irse cogió la pluma para escribir su receta.

—¿Cómo se entiende! ¿Vos dictar una receta! ¿Y qué! ¿Sois acaso vos y no yo el médico del príncipe?

—Querido, yo, y no vos, soy el pintor del príncipe; y con todo seguramente mejor que vos un cuadro haría yo una receta.

En medio de su triunfante boga Salvator se acordaba continuamente de su patria. Treinta y un años tenía entonces. Peleó en las filas de Masaniello al lado de Aniello Falcone; que acudiendo la compañía formada por los artistas napolitanos y llamada de la *Muerte*, secundaba esforzadamente los instintos de la insurrección popular. La caída del pobre pescador de Amalli comprometió á todos los pintores napolitanos, que se dispersaron. Falcone se escapó á Francia, y Salvator volvió á Roma á coger los pinceles; pero le hervía de tal modo la sangre, que tardó en hacerse al sosiego de la vida privada. Habiéndose reanimado sus instintos de selvática independencia, tuvo el valor de exponer dos cuadros satíricos que zaherían á todos los poderosos y grandes que encerraba entonces Roma. Descargó pues sobre él un nublado tan tremendo, que le fué preciso rendirse. Saló de Roma como fugitivo, pero llegó á Florencia como triunfador.

En aquella época el palacio Pitti, residencia de los Médicis, se había transformado en una academia de estudio abierta á las bellas artes, y en la cual continuaban ejercitando su talento los mayores maestros de la época.

Fernando II recibió á Salvator mas bien como á un amigo que como á un protegido. El encanto de la conversacion de nuestro artista y su reputacion de pintor, poeta y músico le rodearon de mil adoradores, y convirtiendo su habitacion en el asilo de los placeres y del gusto, la hicieron el punto de reunion de todos los bellos ingenios de Florencia.

En medio de su esplendorosa posicion, acordándose el artista de los aplausos que le valió el Carnaval de 1639, se hizo fundador, autor y mejor actor de la academia teatral de los *Percossi*. Sin embargo, en esta ocasion no olvidó por el teatro la carrera mas noble que profesaba con tanta gloria; y así durante su residencia en Florencia, pintó los lienzos de *Heráclito*, una ininidad de batallas y paisajes, el *Triunfo de David* y muchas otras obras maestras.

Con todo, ni su regalada vida ni sus innumerables lauros lograron endulzarle el amargo pan del destierro; tampoco le atemperaron el dolor de verse separado de Carlo Rossi y de otros amigos.

A los tres años de estancia en Florencia, y á riesgo de perder su libertad, tomó la posta en medio de la noche, llegó á los jardines de la Vigna Navicella, sobornó al *custode*, y envió al instante una circular á diez y ocho amigos suyos. Todos le fueron puntuales á la cita, recibieron sus abrazos, se sentaron al suntuoso banquete que les dió, y lo vieron en seguida montar á caballo con direccion á Toscana, donde entró antes que husmeasen su aventura, ya sus amigos de Florencia, ya sus perseguidores de Roma.

Los aplausos justificaron siempre la confianza que Salvator confesaba tener en su genio. Hallándose cierto dia tocando un clavicordio bastante malo, entró un amigo y le preguntó por qué tenía en su casa un instrumento que ni siquiera valia un escudo.

—¿A que vale mil, dijo Salvator, antes que lo volvais á ver? Hizose la apuesta, y Rosa pintó al instante en la partesuperior del instrumento un paisaje que se vendió en mil escudos y fué mirado por una de sus obras maestras.

Como á Salvator le parecían demasiado pesadas las ligeras cadenas que lo tenían atado á la corte de los Médicis, obtuvo retirarse á la villa de Monte Ruffoli, magnífica propiedad de su amigo el conde Hugo Maffei. Allí pasó muchos años estudiando la rica naturaleza de los Maremas, los ásperos montes de Pomarancio, de Querceto y de Monte Catini, y las pintorescas ciudades de Volterra, Colla y San Geminiano. Consagraba sus ocios á reunir y completar sus obras literarias. Empero con volver á Roma dió al cabo en el continuo blanco de sus descos. Los mas de sus enemigos habían ya muerto, y los otros los tenía acallados su gloria refulgente. Al entrar en triunfo por la puerta del Pueblo se acordó sin duda de cuando cierto pobre jóven entraba por la de San Juan á pié y con un misero hatillo á cuestas. Compró una casa en el monte Pincio, la adornó con un lujo casi desconocido, y continuó la vida de alto señor para la cual parecia lo habia formado la naturaleza. La Pitonisa de Endor, portentoso cuadro que es uno de los mas preciosos adornos del Louvre, fué entregado entonces por el apogeo de su

talento; pero por desgracia era uno de los últimos brillos que se desprendian de su genio moribundo. Una vejez prematura logró helar la imaginacion de fuego y la fogosidad volcánica que nunca habían podido ser contenidas. Se le acortó la vista, se debilitaron sus facultades morales, cayó hidrópico, y el 13 de marzo de 1673 falleció á los 58 años de edad.

Toda Roma lloró al artista inimitable á quien habia desconocido por largo tiempo.

Aguardábase un sepulcro digno de él. Si á los despojos mortales de Rafael los abrigaba en su seno el panteon de Agripa, á Salvator le debian dar último asilo los termos de Diocleciano, que Miguel Angel habia convertido en la iglesia mas noble de Roma. Al gran artista del siglo XVI le habia tocado preparar el sepulcro del gran pintor que acababa de terminar con su nombre la lista de las glorias de Italia.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

EL CUARTEL BAJO.

(Conclusion.)

El distrito que media entre dicha calle de Embajadores y la de Lavapiés, está cortado de N. á S. por las grandes líneas tituladas calles del *Meson de Paredes*, de la *Comadre* y de *Jesús y Maria*, y de E. á O. por las tituladas de *Juanelo* (en que vivió el célebre ingeniero flamenco *Juanelo Turriano* en tiempo del Emperador Carlos V) de la *Encomienda*, de las *Dos Hermanas*, de los *Abades*, del *Oso*, de *Cabestreros*, del *Sombrete*, del *Tribulete* y otras; todas bastante rectas, desahogadas y con un regular caserio, pero absolutamente desnudas para nosotros de todo interés artístico é histórico.—Únicamente en la principal, ó sea la del *Meson de Paredes* (en que estaba la casa del conde del mismo titulo), existe como ya dijimos anteriormente á su núm. 74 el preciosísimo establecimiento de beneficencia titulado de la *Inclusa* (2), Casa de niños espósitos, cuya direccion corre á cargo de la junta de señoras, y es de tan alta importancia, que suelen ingresar en ella anualmente mas de 1500 criaturas, existiendo siempre un año con otro unas 4.000.

Esta cseclente institucion, que tuvo principio en 1572 por la piadosa cofradia titulada de Nuestra Señora de la Soledad, sita en el convento de la Victoria (de que ya hicimos mencion cuando tratamos de los teatros de Madrid) tuvo primero su casa en la Puerta del Sol entre las calles de Preciados y del Cármen: después se trasladó á la del Soldado, en el edificio conocido por el nombre de *Galera vieja*, y ya entrado este siglo, vino á parar al edificio que hoy ocupa, y que aunque no todo lo espacioso y bien dispuesto que requiere tan importante establecimiento; es sin embargo muy digno de ser visitado por su buena distribucion, organizacion y gobierno.

Algo mas abajo en la misma calle, ó mas bien en una plazuela que se forma delante de él, está el *Colegio de San Fernando*, á cargo de los *Padres Escolapios*, fundado en 1729, y tomado bajo la proteccion de la villa de Madrid en 1734, en el cual reciben la instruccion primaria gratuitamente unos 1.800 niños, y además se admiten alumnos internos que pagan una pension diaria, y para los cuales hay cátedras de gramática, latinidad, historia, geografia, matemáticas, etc.—El templo propio de esta casa es uno de los mas bellos de Madrid, por su planta que consiste en una hermosa rotunda precedida de un espacio cuadrangular que hace veces de nave, y cubierta por una hermosa cúpula que sobresale notablemente entre todas las de las iglesias de Madrid. Fué construido por el hermano Miguel Eseribano, y terminado en 1791; y la bella coleccion de esculturas que decoran sus altares, obras todas de los artistas modernos, llama justamente la atencion de los inteligentes.—Algo mas arriba, fuente de la fuente y calle llamada de *Cabestreros*, se ha habilitado la casa núm. 59 para convento de las monjas de *Santa Catalina de Sena*, que antes estuvo donde hoy las casas nuevas frente al palacio del Congreso, y fué demolido por los franceses.

En las demás calles de este distrito muy poco ó nada merece especial mencion; únicamente diremos que la llamada de la *Comadre*, y anteriormente de la *Comadre de Granada*, que corre entre la de la *Esgrima* y el barranco de *Embajadores*, es una de las mas pobladas de Madrid, como que cuenta el crecido número de 2854 habitantes, y la numeracion de sus casas, la mayor parte bajas y humildes, alcanza

(1) Véanse los números anteriores.

(2) Este nombre le ha sido dado vulgarmente por corrupcion y á causa de una imagen de Nuestra Señora que se conserva en su capilla, y que trajo un soldado de *Enhuissen*, ciudad de Holanda.

al 95.—Todas estas calles y sus travesías, especialmente á la parte baja, están habitadas por artesanos, jornaleros y dependientes de las fábricas de tabacos y otras, y la ya indicada de la *Comadre* se ha distinguido siempre por la animación de su vecindario, del que (si hemos de creer á un viajero inglés contemporáneo, muy inteligente en la materia), forma una buena parte la raza trashumante de los gitanos.—Otras calles mas altas de este distrito, y que desembocan en la nueva plaza del *Progreso*, como la de la *Espada*, de *Jesus y Maria* y la misma del *Meson de Paredes*, han mejorado mucho su caserío en estos últimos años, y la de *San Pedro Mártir* llegará á adquirir una gran importancia el día en que, abierto el *callejon de la Trinidad* que tiene frontero, y continuada hasta frente de él la calle de Carretas, rompa aquella á su extremo la irregular manzana 47, en la calle del *Calvario*, y pueda continuar casi rectamente por la de Lavapiés y la de Valencia la gran vía general de Norte á Sur que tanto falta en Madrid y queda interrumpida por el ya citado convento de la Trinidad.

Al extremo de la calle de Valencia, y entre el portillo de este nombre y el de Embajadores, se estiende un erial inmenso, conocido por el *Barranco de Embajadores*, sitio indebidamente abandonado y que debe regularizarse por la villa, plantando en él un paseo que sirva de desahogo y salida á las calles del *Meson de Paredes*, del *Espino*, de la *Comadre* y demás de aquella populosa barriada, quedando todavía espacio por su forma irregular para construir un amplio *mercado de caballerías*, donde pueda celebrarse sin peligro el que se tiene todos los jueves en el mismo sitio.—Para ambos objetos fué solicitado este terreno en 1847 á nombre del ayuntamiento; pero el gobierno, á quien corresponde por amortización, no tuvo á bien acceder á ello, y así permanece sin utilidad de nadie, ante con detrimento de la salubridad, comodidad y ornato de la villa.

Entramos en el celeberrimo distrito de *Lavapiés* ó del *Avapiés*, como antiguamente solia escribirse, sin que acertemos á explicar la etimología de este nombre con la candidez del buen D. Nicolás Fernandez de Moratin (1), pero que con ambos títulos viene emblematizando hace tres siglos á la población indigena matritense en el último término de la escala social.—No nos meteremos en eruditas y empalagosas investigaciones para buscar en tales ó cuales razas el origen de esta parte del pueblo bajo de Madrid apellidada la *Manolera*, que tiene su asiento principal en el famoso cuartel de Lavapiés, aunque rebosando tambien á los inmediatos de Embajadores, el Rastro y las Vistillas. Para nosotros es evidente que el tipo del *manolo* se fué formando espontáneamente con la población propia de nuestra villa, y la agregación de los infinitos advenedizos que de todos los puntos del reino acudieron desde el principio á la corte á buscar fortuna. Entre los que vinieron guiados de próspera estrella y cambiaron sus humildes trajes y groseros modales por los brillantes uniformes y el estudiado idioma de la corte, vinieron tambien, aunque con mas modestas pretensiones, los alegres habitantes de *Triana*, *Macarena* y el *Compás* de Sevilla; los de las *Huertas* de Murcia y de Valencia; de la *Mantería* de Valladolid; de los *Percheles* y las *islas de Riaran*, de Málaga; del *Azoguejo* de Segovia; de la *Olivera* de Valencia; de la *Rondilla* de Granada; del *Potro* de Córdoba; y las *Ventillas* de Toledo, y demás sitios célebres del *mapa picaresco de España*, trazado por la pluma del inmortal autor del *Quijote*; todos los cuales, mezclándose naturalmente con las clases mas humildes de nuestra población matritense, adentrándola con su ingenio y travesura, despertando su natural sagacidad, su desenfado y arrogancia, fueron parte á formar en los *manolos* madrileños un carácter marcado, un tipo original y especialísimo, aunque compuesto de la gracia y de la jactancia andaluzas, de la viveza valenciana, y de la seriedad y entonamiento castellanos.

Cuando á mediados del siglo XVI se verificó casi simultáneamente con la venida de la corte la tercera ampliación de Madrid, ya existia numeroso caserío mas allá de la cerca que segun dijimos corria desde la *Puerta de Anton Martin* hasta la calle de Toledo; y aquellos sitios costaneros y despejados, por donde ahora corren las calles de *Lavapiés*, del *Olivar*, del *Avenaria* y sus travesías, eran ya célebres por sus afamados ventorrillos, tabernas y bodegones, entre los cuales sobresalía el nombrado de *Manuela*, sito en el *Campillo* (hoy calle), que conserva su nombre; y los altillos y rellanos de *Buena vista*, de las *Damas* y *Primavera*, eran los puntos adonde acudían á solazarse los menestrales madrileños, como ahora al nuevo arrabal de *Chamberí*.—Con el trascurso del tiempo y el aumento de la población, fué agrupándose el caserío y formando dichas calles y otras muchas, tales como las de la *Cabeza* (2), del *Calvario*, del *Olmo*, de los *Ministriles*, de los

Tres peces, de la *Esperanza*, de *Zurita*, del *Salitre* y de la *Fé*.

Arteria principal de todas ellas, y centro de este bullicioso distrito, la calle de *Lavapiés*, que como la del Barquillo, tuvo el privilegio de apellidarse *Real*, arranca de la estremidad de la de la Magdalena, y estrecha al principio, aunque siempre desigual y costanera, va ensanchando después y adquiriendo grande importancia como rio creciente y majestuoso, con la incorporación de la de *Jesus y Maria* al *Campillo* de *Manuela*, y luego con las del *Olivar* y del *Avenaria* en la famosa Plazuela de Lavapiés, que es la *Puerta del Sol* de aquel distrito, ingreso y corazon de todas aquellas y otras bocas calles; hasta que cambiando su nombre por el de *Valencia*, llega al portillo del mismo nombre.—Los espresivos de todas estas que quedan ya apuntados, revelan bien á las claras su humilde historia ó sus condiciones materiales.—La del *Avenaria* recibió este nombre del Beato Simon de Rojas, que parece hizo espulsar de ella á las prostitutas que la ocupaban; y por eso se llamó tambien de San Simon una de las contiguas. La del *Calvario* debió apellidarse así por el que existia en aquel sitio en dirección á Atocha y merece justamente este nombre por el horrible desnivel de su suelo; la de la *Escuadra* por su forma en esta figura; las del *Olmo*, del *Olivar*, de la *Rosa* y otras por los plantíos y huertas en que fueron trazadas; la del *Salitre* por su inmediación á las tierras y fábrica del mismo (adonde hoy se ha trasladado la Aduana), y así las demás; sin que en ninguna de ellas exista edificio, monumento, ni recuerdo histórico de importancia que decore ó enaltezca aquella humilde memoria.—En la calle llamada de la *Torretila del Leal* existe únicamente la casa é iglesia de la venerable congregación de San Pedro de *presbiteros naturales de Madrid*, muy célebre por su filantrópica piedad y por haber pertenecido á ella insignes escritores como Lope de Vega, Calderón de la Barca (á quien heredó), Solís, Gerónimo Quintana y otros.—Al extremo de la calle de la *Fé*, que viene desde la plazuela de Lavapiés hasta la calle del Salitre, se alza la *parroquia de San Lorenzo*, que fué anejo de San Sebastian desde 1662 en que se construyó, y hoy es parroquia independiente y acaso la mas poblada de Madrid, pues comprende 6624 vecinos y 24998 feligreses. Este templo sufrió un horroroso incendio el día 16 de junio de 1831, habiendo sido reparado luego con las limosnas de los feligreses.

A esta nueva barriada apartada y humilde debieron naturalmente refluir las clases mas desvalidas de la población, cuando creciendo esta en número é importancia, rebasó las antiguas cercas y cubrió de edificios costosos las calles y términos de la villa. Formóse pues la natural división de *barrios altos y bajos* (1), y ocupando los primeros los empleados de la corte y las clases acomodadas, tocaron naturalmente los segundos á los jornaleros menestrales; aquellas renovándose continuamente con los favores del poder y de la fortuna, con la inmigración constante de los forasteros, y con el trasiego de los propios en viajes y comisiones, modificaron infinitamente su carácter y tipo primitivo, perdieron el colorido local, y de la reunión de aquellos matices adoptados de tan diferentes orígenes y fundidos en el crisol de la corte, vino á formarse otro especial, y por cierto bien interesante, que es el del *habitante de Madrid*; pero los signos característicos del *madrileño* (especialmente en la parte menos culta de la población) que pudieron escapar al roce continuo de los otros pueblos y á las tendencias, intrigas y favores cortesanos, han llegado hasta nosotros trasmitidos de generación en generación en los habitantes de los barrios *bajos*.—El trascurso del tiempo, los sucesos históricos y políticos, y la alteración consiguiente de las costumbres, han podido ciertamente modificar las condiciones de aquel carácter primitivo; pero aplicando á su análisis un estudio concienzudo, y haciendo abstracción de los acesorios, es fácil descubrir al través de ellos el tipo original del *madrileño* arrogante y leal, temerario é indolente, sarcástico y hasta agresivo contra el poder; desdeñoso de la fortuna y de la desgracia; mezcla del fatalismo árabe y del orgullo del valor y de la inercia castellanos.

Este pueblo *madrileño* que tanta parte tomó en las revueltas políticas de los pasados siglos; que defendió tenazmente la causa de su legítimo rey D. Pedro de Castilla contra el dichoso D. Enrique, y mas tarde la legitimidad dudosa de la desdichada Doña Juana la Beltraneja contra la misma princesa Doña Isabel; que negó los tributos y alzó barricadas en unión con los comuneros de Castilla contra las huestes del poderoso emperador, quedó como amortiguado, y aun pudiera decirse que había cambiado del todo, cuando halagado por la fortuna, vió fijarse en medio de él la opulenta corte castellana, y se convirtió durante siglo y medio en sumiso y obediente súbdito de los monarcas de la austriaca dinastía; pero durante la minoría del desdichado Carlos II, y el gobierno de la reina madre, aparece ya el pueblo *madrileño* tomando una parte activa en las turbulencias políticas ocasionadas entre la reina y D. Juan de Austria con motivo de la pri-

(1) «Vinieron con semblantes pudibundos las que habitan el austro donde lava los pies el agua de árboles profundos.»

(2) En la casa número 46 de esta calle estaba la cárcel eclesiástica ó de la *Corona*, y en ella fué asesinado por el populacho en la tarde del 4 de mayo de 1821 el desdichado D. Matias Viqueza, antiguo cura de *Tamajón*, preso en ella por los planes contrarrevolucionarios que se le atribuyeron.

(4) Aunque posteriormente los de *Maravillas* y *Astigidos* y otros en la parte alta de la población compartieron con los demás el albergue de estas clases y fueron comprendidos en la misma categoría, la parte del vecindario conocida por la *Manolera*, prefirió siempre los bojes del *Avapiés*, Rastro y Embajadores.

vanza del jesuita Nitard, y mas adelante del osado D. Fernando Valenzuela; persigue á ambos con su reprobacion, con su censura, con sus sátiras y con su fuerza material, hasta que les obliga á abandonar el puesto y huir del encono popular. Luego en los últimos dias del reinado miserable del mismo Carlos, se presenta de nuevo terrible y osado á las puertas de su real alcázar en 1699 con pretexto de la carestía del pan, á pedir, ó mas bien ordenar al monarca, que *despierte de su prolongado letargo*; y no depone las armas hasta que recibe sus seguridades y obliga á la fuga al ministro conde de Oropesa.

En principios del siglo pasado, y durante la famosa guerra de sucesion, notoria es la parte tan activa que tomó el pueblo propio madrileño, y las pruebas tan ostentosas que dió de su simpatía hacia la persona de Felipe de Borbon y contra las huestes del archiduque, en los breves dias que estas le ocuparon, en que no hubo género de asechanzas, de desmanes y alevosías que no pusiera en juego contra los desgraciados tudescos, los cuales (segun el marqués de San Felipe, historiador de aquella guerra) pagaron bien caro su momentáneo paso por las calles de Madrid. —Adelantada ya la segunda mitad del siglo, todavia el fiero madrileño ostentó un dia toda la arrogancia de sus antecesores defendiendo sus capas y chambergos, afusilando las ventanas del ministro Esquilache, persiguiendo á las tropas extranjeras, y marchando osado en numerosa turba á las órdenes del zapatero Bernardo hasta el mismo palacio y real cámara de Aranjuez, á imponer condiciones de potencia á potencia al mismo monarca, el gran Carlos III. —Durante casi medio siglo durmió al parecer tranquilo el impertérrito pueblo de Madrid; pero el 19 de marzo de 1808, surgiendo de nuevo terrible y vengador contra el poder y la osadía de un nuevo y mas arrogante favorito, se presentó en los mismos sitios y con el mismo imponente aparato que en 1766 (1), y comenzó á repetir el drama que fué á terminar como aquel en las orillas del Tajo.

En aquel famoso año, clásico para toda la nacion española, y especialmente para el pueblo madrileño, hay tres fechas eternas que jamás podrán borrarse de sus aiales; 19 DE MARZO, 2 DE MAYO, y 2, 3 y 4 DE DICIEMBRE. En la primera consiguió derrocar la figura del poderoso valido, y obligó á bajar de su trono al monarca débil y apocado; en la segunda desahó y abatió, aunque á costa de un cruento sacrificio, el orgullo y arrogancia de las huestes del dominador de Europa; en la tercera, en fin, se atrevió á resistir á este en persona y al frente de sus ejércitos, oponiéndole sus débiles tapias y la fortaleza y temeridad de sus pechos. —El pueblo de Madrid, que subyugado y encadenado al carro del usurpador, sufrió durante cinco años los efectos de su ira, los rigores del hambre y de la miseria, no perdió por eso un momento su carácter desdeñoso y arrogante, y jugando con las cadenas que no podia romper, se mofaba del intruso rey y de su gobierno; le silbaba y escarnecía en las calles y en las ocasiones mas solemnes (2), y moria á manos del hambre espantosa de 1812, sin querer recibir el menor auxilio de los enemigos, ni perder un momento su dignidad, su agresivo carácter y audacia.

Pero volviendo al tipo especial del *manolo de Madrid* segun hoy le conocemos y segun nos lo dejó pintado Goya en sus caprichos, y en sus deliciosos sainetes el picaresco D. Ramon de la Cruz, debemos suponer que ha venido sufriendo constantes y sucesivas modificaciones en sus costumbres, modales y traje: sus oficios mas favoritos continúan siendo, como en el siglo pasado, los de zapatero, tabernero, carnicero, calesero y tratantes en hierro, trapo, papel, sebo y pieles, que constituian hasta hace pocos años los gremios de *traperos*, *chisperos* y otros; abandonada la coleta y redecilla, el calzon y chupetin, el capote de mangas y el sombrero apuntado con que nos le pintan á principios de este siglo, su traje actual, modificado con la imitacion de los de Andalucía y de clases mas elevadas, consiste generalmente en chaquetita estrecha y corta con multitud de botoncitos; chaleco abierto y con igual botonadura, pero sin echar mas que el primero; camisa bordada, doblado el cuello y recogido con un pañolito de color saliente asido con una sortija al pecho; faja encarnada ó amarilla, pantalón ancho por abajo, media blanca y zapato corto y ajustado. El som-

brero redondo y alto, terso y reluciente, ha sido trocado por el sombrero calañés; pero la varita en la mano, y la terrible navaja á la cintura, son prendas de que no se ha desprendido todavia ningun *Manolo*.

Este nombre (á nuestro entender) no tiene otra antigüedad ni origen que el propio con que quiso ataviar al famoso personaje de sus burlescas *tragedias para reir y sainele para llorar* el ya dicho D. Ramon de la Cruz, pues en ninguna obra anterior de los escritores de costumbres y novelas, tales como Castillo, Zabaleta y otros, hallamos designados con este nombre á los habitantes de aquellos barrios de Madrid.

En cuanto á la *manola*, precioso y clásico tipo que va desapareciendo á nuestra vista, y cuyo donaire, gracia y desenfado son proverbiales en toda España, ¿quién no conoce el campanudo y guarnecido guardapiés, la nacarada media, el breve zapato, la desprendida mantilla de tira y la artificiosa trenza del peinado de Paca la Salada, Geroma la Castañera, Manola la Ribeteadora, Pepa la Naranjera y Colasa, Damiana ó Ruperta, las fruterías, rabaneras ó oficiales de la fábrica de cigarros? ¿Quién no sabe de memoria sus dichos gráficos, sus epigramas naturales, su proverbial fiera y arrogancia? ¿Quién no ve con sentimiento confundirse este gracioso tipo en el otro repugnante de la mujer mundana, que en su deseo de parecer bien, ha querido parodiar la gracia, traje y modales peculiares de la manola?

El carácter altivo é independiente de estas clases en ambos sexos, su animosidad contra todo lo extranjero ó sus recuerdos, su indómita arrogancia, y su escasa instruccion, unido todo á los vicios y disipacion propios de las grandes poblaciones, ha hecho que hasta hace pocos años esta parte del vecindario de nuestra villa fuese como una poblacion aparte, aislada, hostil y temible para el resto de ella; pero las vicisitudes políticas por que hemos pasado en lo que va de siglo, y en que tanta y tan apasionada parte ha tomado en todas ocasiones el pueblo bajo de Madrid, le fueron adversas en general, y castigando duramente sus pasiones, sus escesos, sus demasías y exageraciones de 1814, 1820, 1825, 1834 y 1845, le dieron á conocer bien á su costa que habia en la sociedad otra fuerza mayor que la fuerza material, y que habian pasado los tiempos de los *ignos* y *lairones*, de los *tragalas* y las *pititas*.

—Desde entonces, mejorándose simultáneamente la instruccion, y aumentada la vigilancia del gobierno, creciendo en ellos el amor al trabajo y á los goces mas halagüeños de una sociedad culta, y extendiéndose tambien en aquellos barrios estrechos una parte de la poblacion mas acomodada con el aumento y mejora del caserio, la entrada en ellos ha dejado de ofrecer un valladar impenetrable á las personas decentes; ya no choca el ruido de los coches, ni son perseguidas las señoras con *gorró* ni los hombres con *futrage* ó *levosa*; los chicos de tierna edad no aparecen ya en cueros ó en camisa jugando al toro ó apedreñándose á cada esquina; antes bien se recogen en las benéficas aulas de las *escuelas pías* y *salas de asilo*, de las calles del Espino, de Atocha ó de la fábrica de cigarros; las manolas no serpentean ya todo el dia con sus trajes ondulantes y campanudos (escepto aquella parte proporcional dedicada al vicio y á la prostitucion); asisten á trabajar modesta y silenciosamente en aquella fábrica, ó en los particulares obradores de zapateria, sastrería y otros; los manolos son tambien artesanos ó mercaderes ambulantes, y han tomado el gusto á una ganancia legitima y segura, si bien no curados enteramente de la escesiva afición á los toros y á la taberna; y preciso es confesarlo (á despecho de los encomiadores de todo lo antiguo) el pueblo bajo actual de Madrid, entrando sin replicar en el sorteo para la quinta (de que antes estaba esceptuado), pagando su patente industrial y su habitacion al casero, trocando para ir á los toros el antiguo y estrepitoso *calesin* por el *ómnibus* comunista, las *seguidillas* por la *polka*, la *bandurria* y el *pandero* por la orquesta militar ó el organillo alemán, y asistiendo frecuentemente á la ópera del Circo ó al ferro-carril de Aranjuez, si ha perdido la fisonomía local, escepcional y tal vez poética que daguerreotipó D. Ramon de la Cruz en sus admirables farsas de *La casa de Tocame-roque*, *El Manolo*, *Las Castañeras picadas*, *La Venganza del Zur-dillo*, ha ganado y mucho en moralidad, en instruccion y en bienestar, y bajo todos estos aspectos el distrito de Lavapiés puede sostener actualmente el parangon con lo demás de Madrid.

La ancha y espaciosa calle de Santa Isabel, por su izquierda, y las demás traviesas entre esta y la de Atocha, aunque pertenecen al mismo distrito, estan generalmente formadas de buen caserio y habitadas por clases pudientes. En la primera de ellas hay que notar la moderna casa palacio de los condes de Cervellon, y al extremo de ella el suntuoso monasterio de religiosas de Santa Isabel, fundado en 1589 en la calle del Príncipe, hasta que la reina Doña Margarita, esposa de Felipe III, las trasladó á este sitio en 1610. La iglesia, terminada en 1663, es muy buena y decorada con apreciables pinturas. Unido á este convento está el *colegio de niñas*, fundado en 1595 por Felipe II con la denominacion de casa-recogimiento de Santa Isabel, cuyo patronato corresponde siempre á los reyes de España, y en el que se

(1) Hay que notar la coincidencia de que el ministro Esquilache vivia en la calle de las Infantas y casa de las siete chimeneas, y el príncipe de la Paz, en la otra esquina á la calle del Barquillo.

(2) Entre los infinitos rasgos que la tradicion nos ha conservado significativos de esta aptitud del pueblo bajo de Madrid respecto á José Napoleon y su gobierno, no queremos privar á nuestros lectores de un pasquin que apareció simultáneamente en las esquinas de Madrid con la alocucion ó proclama del nuevo monarca, si bien los términos demasados libres en que está concebido nos hicieron titubear en estamparle. Decia pues así:

«En la plaza hay un cartel
que nos dice en castellano
que José, rey italiano,
roba á España su dosel;
y al leer este cartel
dijo una maja á su mozo:
—Manolo, pon ahí abajo
que me ... en esa ley;
porque acá queremos rey
que sepa decir ...

admiten también y educan colegialas señoritas pensionistas. Termina esta calle y distrito con las acesorias del nuevo edificio de la *Facultad de medicina*, y el inmenso *Hospital general*, cuyos frentes dan ya á la calle de *Atocha*, que habrá de ocuparnos en el próximo artículo.

R. DE MESONERO ROMANOS.

LOS INDIANOS.

NOVELA ORIGINAL

POR D. ANTONIO DE TRUEBA.

I.

AL PIÉ DE LOS CEREZOS.

El concejo de Güñes está en un pintoresco valle de las Encartaciones, por cuyo fondo corre impetuosamente el Cadagüa á desembocar en la ría de Bilbao. En una de las colinas que dominan la iglesia de San Isidro, y que puede decirse forman los primeros escalones de los Somos, altas montañas que resguardan el valle por el Norte, había en la época á que se refiere la dolorosa historia que comenzamos á escribir, un caserío conocido con el nombre de Echederra. Verdaderamente correspondía á aquel caserío la denominación de *Casa-hermosa*, que es la significación de su nombre vascongado. La casa se alzaba, blanca como una pella de nieve rodada de la montaña, en un bosquecillo de nogales y cerezos, y á su espalda se extendían como una veintena de fanegas de tierra cuidadosamente labradas. Hermosos parrales orlaban toda la llosa ó heredad costeadó interiormente la cárcaba de que estaba cercada, y lozanas hileras de perales y manzanos ocupaban los linderos de las diferentes suertes en que el cercado estaba dividido. La situación del caserío no podía ser más hermosa; desde sus ventanas se descubrían á través del ramaje de los árboles ambas riberas del Cadagüa en una extensión de dos leguas, y un arroyo que bajaba de los Somos, serpenteaba entre los nogales y los cerezos, en todo tiempo limpio como la plata y fresco como la nieve.

Corrían los primeros días del mes de junio. Los moradores de Echederra estaban á la caída de la tarde cogiendo dos cestas de cerezas en el campo contiguo á la casa.

—Cuidado, Ignacio, no te caigas, decía una mujer de edad algo avanzada, á un joven como de diez y seis años, que encaramado en uno de los cerezos, bajaba de rama en rama á darla un canastillo de cerezas.

—Madre, no tenga Vd. cuidado, que ya conozco el terreno, contestó el joven.

La aldeana desocupó el canastillo en una cesta que estaba al pié del árbol.

—Mira, bájate, dijo al joven, que ya está la cesta colmada y tu padre y tu hermano han llenado también la suya.

El joven bajó del cerezo de un salto.

Otro joven de cuatro ó cinco años mas se descolgó al mismo tiempo de uno de los cerezos inmediatos, á cuyo pié estaba un hombre bastante entrado en años.

Estos dos últimos tomaron cada uno de su lado su cesta de cerezas, y fueron á reunirse con los primeros. Poco después se sentaron todos á descansar al pié de los cerezos.

El anciano sacó una bolsa de piel de perro, arrollada y sujeta con una correa á cuyo extremo había una especie de punzon de hueso; la desarrolló, y sacó de ella una pipa que colocó en la boca.

El joven de mas edad hizo la misma operación.

—Bautista, dame una pipada, que se me ha acabado el tabaco, le dijo el anciano registrando inútilmente el fondo de su bolsa.

—Padre, se me ha acabado también á mí, contestó Bautista que había llenado ya su pipa.

—¡Embustero! exclamó Ignacio con muestras de indignación. Si te traje yo ayer de Bilbao un cuarteron de tabaco!...

—¡Tú siempre has de ser hablador!

—¡Y tú siempre has de ser egoísta!

—Me da la gana. El que quiera tabaco que lo compre.

—¿No te da vergüenza?...

—Déjale, Ignacio, dijo el anciano guardando su pipa con triste resignación. Déjale, que ya sabemos todos los de casa lo que debemos esperar de tu hermano.

—Martín! exclamó la anciana, ese nos ha de quitar la vida á todos, ese...

—Cállate, Mari, la interrumpió Martín. Si mucho me gusta el tabaco, me gusta la paz mucho mas.

—Pues si no tenemos paz, tendrá Vd. tabaco, dijo Ignacio. Y echó á correr hacia la casa. Dos minutos después volvió trayendo en la mano una hoja de tabaco.

—Tome Vd., padre, dijo; que aunque yo no fumo, sé lo que Vd. padece cuando no tiene tabaco; y ayer de paso que compré el que mi hermano me había encargado, tomé otro cuarteron con objeto de tenerlo de reserva para los apuros de Vd.

—Sí, replicó Bautista, ¿sías esa hoja de lo mio.

—Mira, no me tientes la paciencia!... El que las hace las imagina.

—Anda, dijo Mari dirigiéndose á Bautista, que tan ruines son tus pensamientos como tus obras.

—Vaya, vaya! se acabó, dejarse de historias, dijo el pacífico Martín saboreando el humo de su pipa con una delicia que comprenderán los que sepan hasta dónde llevan su pasión al tabaco los vascongados.

El que escribe estas páginas recuerda un ejemplo con que su madre, que Dios haya coronado de gloria, procuraba apartarle de aquel vicio, si es que el nombre de vicio merece el uso del tabaco, que proporciona hasta al mas pobre uno de los goces mas dulces de la vida, sin perjudicar su salud ni obligarle á desatender las santas obligaciones de la familia.

—«Tu abuelo, le decía, era el hombre mas pacífico, mas sufrido y mas bondadoso del mundo; todos los trabajos no bastaban á irritarle ni á abatirle; pero cuando no tenía tabaco, era la casa un infierno y no había consuelo para él. Jamás se le vió enfadado ni triste teniendo para llenar su pipa.»

¡Inútiles consejos! El nieto dijo para sí:

—«Cuando mi abuelo era tan apasionado al tabaco, el tabaco debe ser cosa buena.»

Y con los primeros cinco cuartos que tuvo, compró una onza de tabaco y una pipa, se fué al castañar inmediato, y allí rindió culto al idolo de su abuelo hasta quedar narcotizado como un fumador de opio.

Si su abuelo alzara hoy la frente del sepulcro,

—«Bien, nieto mio, le diría, respetas las tradiciones de tu familia!»

La paz se había restablecido entre la de Martín. El sol se había ocultado completamente, y aunque el día había sido caluroso, era deliciosa aquella hora.

—Cenaremos pronto, dijo Martín, y nos acostaremos en seguida, porque mañana hay que madrugar para que vosotros lleguéis con las cerezas á Bilbao antes que caliente demasiado el sol. Ea! conque vamos á casa, que Juana tendrá ya aviada la cena.

—Mira, Martín, dijo la aldeana á su esposo, mejor sería que cenáramos aquí.

—Sí, sí, contestaron padre é hijos; que en casa hará mucho calor.

—¿Juana? gritó Mari volviéndose hacia la casa.

—¿Qué quiere Vd., señora madre? respondió una muchacha desde la ventana.

—En cuanto esté la cena, traela, que vamos á cenar aquí.

—Pues allá voy, dijo la joven, y poco después salió de la casa y se encaminó hacia los cerezos, llevando en un trigüero ó criba una fuente de sardinas frescas cubierta con una servilleta y una borona tierna y amarilla como el oro.

Juana era una muchacha de diez y ocho á veinte años, risueña como una mañana de san Juan, y colorada como una rosa. Volvió boca abajo el trigüero al pié del cerezo, le cubrió con la servilleta, puso encima de aquella mesa improvisada la fuente de sardinas, partió unas cuantas revanadas de borona, que colocó con simetría en torno de la fuente, y previa la bendición de la mesa que echó Martín, se puso á cenar toda la familia conversando alegre y pacíficamente.

—Ya vamos aliviando de su peso á los cerezos, dijo el anciano, y lo siento por el señor D. José.

—D. José, repuso Bautista, no lo sentirá mucho; quienes lo sentirán serán los pájaros.

—En acabándose las cerezas, no vendrá el señor D. José todas las mañanas después de decir misa á tirar desde nuestra ventana á los tordos y los picazos... ¡Malditos de coger! Acuden á bandadas á los cerezos por mas que uno les ponga espantajos.

—Y ya que se habla del señor D. José, dijo Mari, ¿cómo no habrá venido esta mañana?

—Porque hoy está á Castro á encontrar á su sobrino el indiano, contestó Martín.

—¿Conque viene hoy su sobrino? ¡Ay cuánto me alegro! á ver si nos da noticias de tu hermano.

—¡Dios quiera que nos las dé! Mira que es cosa que a turde no haber vuelto á saber de mi hermano desde que nos escribió de Méjico hace tanto tiempo. Mucho me temo que haya muerto, porque de vivir, lo que es él no estaba sin escribirnos.

—Así lo creo, Martín. Y no se diga que nos quería mal; porque la última carta que escribió no podía ser mas cariñosa.

—¡Qué lástima no se le haya llevado pateta! dijo Bautista.

—¡Ave María purísima! exclamó Mari. ¡Qué alma tienes, hijo!

—¿Qué nos importa á nosotros que viva ó que no viva si nunca nos manda un cuarto?

—Lo que yo quiero, replicó Martin, es que viva, aunque tenga un Potosí y no nos dé estopas para la unción.

—Pero, ¿viene de Méjico Mateo, el sobrino del señor D. José? preguntó Juana.

—Yo no sé, contestó su madre; pero ello de hácia allá ha de ser, porque viene de las Indias... y dicen que viene muy rico.

—¿Cuánto me alegro por el señor D. José que es tan bueno! exclamó Martin.

—¡Calla! dijo Bautista, ¿no son ellos aquellos que vienen por el castañar? Sí, sí, allí viene D. José; en nombrando al ruin de Roma...

—¡Callate, hereje, le interrumpió Mari. ¡Pues no llama ruin al señor D. José!

II.

NOTICIAS DE MÉJICO.

En efecto, por una calzada que atravesaba un castañar situado á tiro de piedra del caserío, asomaban el cura y su sobrino Mateo, cabalgando en sendas mulas, seguidos de una recua que conducía el equipaje del individuo.

El señor D. José era el cura párroco de san Isidro de Güeñes; era un anciano bastante obeso, cuyo rostro y cuyas palabras respiraban bondad de corazón. El indiano era un bello jóven de veintitantos años.

Los moradores de Echederra corrieron á saludarlos, excepto Bautista que prefirió á dar aquella carrera el seguir engullendo las sardinas que quedaban en la fuente.

—¿Qué tengo yo que ver con el indiano ni con su tío? dijo. Para lo que le han de dar á uno...

El párroco detuvo su cabalgadura apenas vió á sus feligreses, y su sobrino le imitó.

—¡Hola, Martin! ¡hola, Mari! exclamaron tío y sobrino.

—Buenas tardes, señor D. José y la compañía, contestaron todos.

—¿Será posible, dijo Mari, que este caballero sea...

—Mateo, se apresuró á responder el indiano: yo soy aquel muchacho travieso que hace seis años les apedreaba á Vds. los frutales cuando iba á Echederra con el tío.

—¡Bendito sea Dios, quien lo había de decir! Porque está Vd...

—¿Qué usted ni qué ocho cuartos! Pues no faltaba mas, habiendo conocido á Vds. como un renacuajo! Vaya, que Juana está hecha una arrogante moza.

La muchacha bajó los ojos, y sus mejillas que comunmente parecían dos rosas, se pusieron como dos claveles.

—¿Cuánto ha crecido Ignacio! continuó el indiano. ¿Y qué me dicen Vds. de Bautista?

—Allá arriba queda...

—Ese tan descastado como siempre, ¿no es verdad? ¡Cuánto me tiene hecho rabiar en este mundo!

—¿Y cómo le ha ido á Vd?...

—No admito el tratamiento, Martin.

—Si no puede uno acostumbrarse...

—Pues es menester que Vds. se acostumbren. Me ha ido regularmente. Tengo mucho cariño á mi país, y sobre todo á mi tío que me sirvió de padre desde que quedé huérfano, y así que me vi con un capitalito... pequeño sí, pero el suficiente para bandearse uno en este país y para vivir feliz teniendo poca ambición como yo tengo, dije: A Güeñes me vuelvo; que el tío es ya viejo y quiero vivir á su lado para mimarle y pagarle en lo posible el bien que me ha hecho... Pero ahora que me acuerdo, Vds. deben ser los mas ricos de toda Vizcaya.

—A Dios gracias, no nos falta un pedazo de borona.

—¿Qué es lo que Vd. dice, Martin? ¿Y la herencia?

—¿De qué herencia habla Vd., D. Mateo?

—¡Dale con el don y el usted! De la de su hermano de Vd. que esté en gloria.

—¡Dios mío! ¡Conque ha muerto! exclamaron Martin y su familia prorumpiendo en llanto.

—No puedo asegurarlo, contestó el indiano algo perplejo. Estaba bastante delicado...

—¡Ah! ¡Conque ha muerto! No nos lo niegue Vd...

—Sí, murió hace dos años, contestó el indiano. Pero ¿es posible que Vds. no lo supieran? ¿Y el enorme caudal de que dejó á Vds. herederos?...

—¡Que se le guarden los que le tengan! dijeron á una voz Martin, su mujer y sus hijos.

—Amigos míos, replicó el cura con tono cariñoso, los duelos con pan son menos. Tenemos que hablar mañana de este asunto, ya que ahora no están Vds. para ello.

La noche comenzaba á cerrar. El indiano y el cura hicieron por

consolar á aquella afligida familia, y se despidieron siguiendo unos hácia el valle y tornando otros al caserío.

—¡Ha muerto!! ¡Ha muerto!! dijeron á Bautista sus padres y sus hermanos al llegar á los cerezos.

—¿Y estaba rico? ¿Y nos ha dejado herederos? preguntó aquel con ansiedad y alegría.

—¡Bautista! exclamó Martin con severidad, ¿tienes mal corazón!

En el pacífico y bondadoso Martin, la severidad equivalía á indignación.

Muy pronto desaparecieron todos por la puerta del caserío. Nadie se acordó de las cerezas, que por la mañana fueron pasto de los cerdos; nadie se acordó de ir con ellas á Bilbao, porque en casa de Martin todos se ocupaban de la muerte del pariente americano, Bautista para indagar si de ella podían resultar riquezas, los demás para llorarla.

Al salir el sol la mañana siguiente, subía á Echederra el cura. No llevaba la escopeta como otras veces, y le acompañaba su sobrino Mateo. Al llegar al caserío encontraron á Martin y su familia algo mas resignados, algo mas tranquilos que los habían dejado la vispera, algo mas dispuestos á oír hablar de intereses.

—Vaya, Martin, dijo el indiano, es preciso que sean Vds. razonables. Ya que el difunto nombró á Vd. su heredero, es preciso que reclame Vd. la herencia, aunque no sea mas que para socorrer con ella á los pobres.

—Tiene Vd. razón, D. Mateo, contestó Martin.

—Pues bien, diré á Vds. lo que hayen el particular. Su hermano de Vd. poscía un capital de quinientos mil pesos...

—¡Quinientos mil pesos! exclamó Bautista, ¡y nunca nos mandó un ochavo!!!

—Su hermano de Vd. era muy avaro... Pero respeto á los muertos, y guerra á los vivos; quiero decir á los que tan inicuaemente han abusado de la confianza de un moribundo. Los albaceas de su hermano de Vd. han hecho correr la voz en Méjico de que han cumplido religiosamente la voluntad del difunto, y nadie duda de su buena fé. Es preciso que escriba Vd. allá inmediatamente reclamando la herencia, y si no se dan por entendidos, ya veremos lo que se ha de hacer.

—Bien está, D. Mateo, haremos lo que Vd. nos aconseje.

En Echederra no había recado de escribir.

—Bautista, dijo el cura, baja en dos saltos á casa y que te dé Antonia papel, tintero y obleas.

Bautista era perezoso como él solo; pero se trataba de la adquisición de grandes riquezas, y se apresuró á obedecer á D. José.

Antonia, el ama del cura, era una anciana cariñosa, buena y desprendida, cualidades muy raras en las amas de los curas.

Bautista la encontró como nunca alegre y deseosa de charlar.

—Conque vamos, ¿me da Vd. eso, Doña Antonia? la decía.

—Sí, ahora te se dará; espera un poco, hombre, que no tienes tanta prisa.

—¿No ve Vd. que se incomodarán el señor cura y Mateo?

—¡Criatura, qué se han de incomodar! si son los dos la bondad misma. Lo que es al señor cura, en los veinte años que llevo en casa ni una vez siquiera le he visto enfadado. ¡Pues no digo nada Mateo! ¡Si esa criatura es un ángel! Pero ¿has visto que hermoso ha venido?

—Y qué tal, Doña Antonia, ¿ha venido muy rico?

—¡Mucho, hijo, mucho! Si vieras las cosas que ha traído! Anda, vamos á su cuarto y verás...

Bautista y el ama del cura entraron en un cuarto donde estaba todavía empaquetado el equipaje del indiano.

Antonia fué alzando la tapa de los cofres y las maletas, enseñando á Bautista su contenido, que consistía en su mayor parte en objetos de oro y plata.

Los ojos de Bautista parecían saltar de sus órbitas en presencia de aquellas riquezas. Antonia reventaba de gozo y orgullo.

—Esta, dijo señalando con el dedo á una maleta colocada en un rincón, está cerrada. Tómala á peso, añadió con una alegre y maliciosa sonrisa.

Bautista asió la maleta y no pudo hacerla perder tierra completamente. Al soltarla se oyó un ruido metálico que hizo estremecer al jóven y reír con extremo regocijo á la anciana.

—¿Conque no te parece costal de paja esa maleta?

—Doña Antonia, ¡qué dichosos son Vds.! exclamó Bautista.

—Ya lo creo, hijo, ya lo creo! También á vosotros alcanzará nuestra dicha; que cuando Dios da, da para todos. Tanto Mateo como el señor cura tienen buen corazón y os quieren mucho... Conque ya ves tú si teniéndolo ellos os dejarán en la estacada cuando os veais en algun apuro.

Bautista no oía lo que le decía la anciana: una agitación indefinible se había apoderado de él; una lucha horrible se verificaba en su corazón.

—Conque, hijo, ¿qué te parece la maletita? continuó la anciana.

—Y estará llena de duros! exclamó Bautista.

—¿Duros? ¡qué tonto eres, criatura! peluconas, y muy peluconas..
Bautista se estremeció, miró á todas partes, y dió dos pasos acercándose de costado á la anciana.

—¿Bautista, Bautista? gritaron en aquel instante en la escalera.

Bautista dió una patada en el suelo haciendo un gesto de disgusto, y Antonia y él salieron al encuentro del que llamaba.

El que llamaba era Ignacio.

—Buenos días, Doña Antonia, dijo, y añadió dirigiéndose á su hermano: Vamos, hombre, que estan esperando una hora hace D. Mateo y el señor cura que tiene que bajar pronto á decir misa.

—Anda, déjalos que esperen, que no es tarde, repuso Antonia. No os vais sin almorzar.

—Gracias, Doña Antonia, contestaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Si os digo que no volvéis á Echerra sin almorzar unas magras con un jarro de chacolí! Quiero que celebremos los tres juntos la venida del indiano.

—Otro día será, Doña Antonia, replicó Ignacio. El domingo cuando bajemos á misa disfrutaremos el favor de Vd.

—Pues bien, hijos, no quiero molestaros, pero ya sabéis que os tengo buena voluntad. Vamos, Ignacio, al menos te enseñaré lo que ha traído el indiano...

—No, no nos detengamos mas, la interrumpió Bautista, cogiendo de encima de una mesa el recado de escribir.

Y ambos jóvenes tomaron la cuesta de Echerra.

(Continuará.)

SONETO.

Ni flor, ni espinas, en el valle herido
de agosto, hallaba la mirada mia,
ni entre sus vientos cálidos venia
voz ó lamento á conmover mi oído.

Solo cuando la luna el adormido
cielo llenaba en esplendor, abría
al puro rayo de su lumbre fria
el pecho lleno de quietud y olvido.

Mas te hallé cabalmente allí á la luna,
y como abierto estaba, de tus ojos
amor volando se abrigó en mi pecho;

Y trocada de pronto la fortuna,
vago sin paz de risas en enojos,
cual leve arista en huracán deshecho.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

EL JÓVEN Y LA PALMERA.

FÁBULA.

No lejos de las rocas
Del Atlas gigantesco,
En las vastas regiones
Que recorren las tribus del Desierto,
Se hallaba cierto día
Un jóven inesperto,
Vagando á la ventura,
Sin penas, sin dolor, libre y contento.
De pronto á sus miradas
Se ofrece un árbol bello,
Una palmera altiva,
Que ostenta con primor dátiles frescos.
¡Qué dicha! alegre esclama:

Ya soy feliz, ya tengo
En estas soledades,
Sin trabajo ni afán, sabroso almuerzo.
Dice, y al tronco asido,
Lo contempla risueño,
Juzgando empresa fácil
Tregar hasta la copa. ¡Vano empeño!

Por la corteza lisa
Resbálanse sus miembros,
Cual suelen deslizarse
De la cucaña en el penoso juego.

Dos veces nuestro jóven
Se acerca ya á su objeto:

Mas ¡ay! no se sostiene,
Y dos veces rodando mide el suelo.

Sus manos desgarradas,
Quebrantado su cuerpo,
¿Qué hará? ¿No es gran desgracia
El tesoro dejar que ha descubierto?

Entonces reflexiona,
Se aleja, vuelve luego
Con su madre y su hermano,
Y emprenden otro asalto con empeño.



¿Cómo? Muy fácilmente:
Uno sostiene el peso
Del otro, que en sus hombros
Descansa y coge dátiles á cientos.

La madre los recibe,
Y todos satisfechos,
Poco después almuerzan
Sentados á la sombra del palmero.

La sociedad moderna
Os retrata este ejemplo:
El hombre necesita
de otros hombres en todos sus proyectos.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.